

Humanismo sin humanistas

Jorge Ramírez Caro
caronauta@hotmail.com

Resumen

El humanismo está de capa caída inclusive en las universidades que dicen tener en su filosofía una visión humanística y, en particular, en la Escuela que tiene a su cargo las Humanidades. Este artículo pone de manifiesto las incoherencias de los humanistas que piensan que el problema de las Humanidades y del Humanismo está en otro sitio que no sea en sus propios promotores e impulsores. Ojalá sirva para repensarnos como sujetos responsables, académica y éticamente, de la construcción del otro, del mundo y de sí mismos.

Hablar de Humanismo y no involucrarse como humanista es como hablar de antropología y omitir referirse e involucrarse como ser humano. Además, según la paradoja del observador, quien observa es envuelto, incluido y modificado por aquello que observa. No hay posibilidad de referirse a un objeto de estudio sin transformarse al mismo tiempo en objeto de aquello que estudiamos. Del mismo modo en que leo y soy leído, escribo y soy escrito e inscrito en aquello que palabreo. Convertir el Humanismo en una cuestión aséptica, abstracta y ahistórica es expresar nuestra fosilización, nuestra cerrazón y nuestra impermeabilidad a todo aquello que compete a dicho concepto: el ser humano y su vivencia diaria, su práctica concreta en un aquí y ahora. Creo que en lugar de una exégesis y de una hermenéutica filológica del

Humanismo, debemos partir de una hermenéutica situacional y contextual a partir del compromiso y de la práctica de un Humanismo concreto. Esto nos llevaría a aterrizar en nuestra propia realidad y en nuestra propia práctica docente en una Escuela de Humanidades. Nuestro oficio no se limita a hablar sobre un objeto, sino que debe realizarse en la práctica.

¿Por qué este inicio? Los días 13, 14 y 15 de noviembre del 2002 se llevó a cabo en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica un Congreso sobre Humanismo. Nadie pondrá en tela de duda que este evento acercó y propició el diálogo entre colegas y se pudieron ventilar algunos problemas por los que atravesaba el centro donde se imparten las Humanidades: nunca antes –desde que trabajo en esta institución–

habíamos estado revueltos hablando en confianza sobre nuestras aventuras y desventuras. Pero nadie cuestionará que en la mayoría de las ponencias y en las discusiones que se presentaron hubo unos grandes ausentes: los humanistas. El día que la directora de la Escuela fue a la Cátedra de Comunicación a plantear la realización del Congreso para repensar el Humanismo, en medio de la conformidad de los demás fui el único en expresar mi preocupación y señalé que más que teorizar y pensar el Humanismo ocupábamos practicarlo: de nada serviría echarle cabeza a las ideas si estaban ausente los humanistas. Lo dije con mucho temor por mi condición de interino y por lo nuevo que soy de trabajar en la Escuela. Después de realizado el Congreso me atrevo a tirar la primera piedra sin temor a

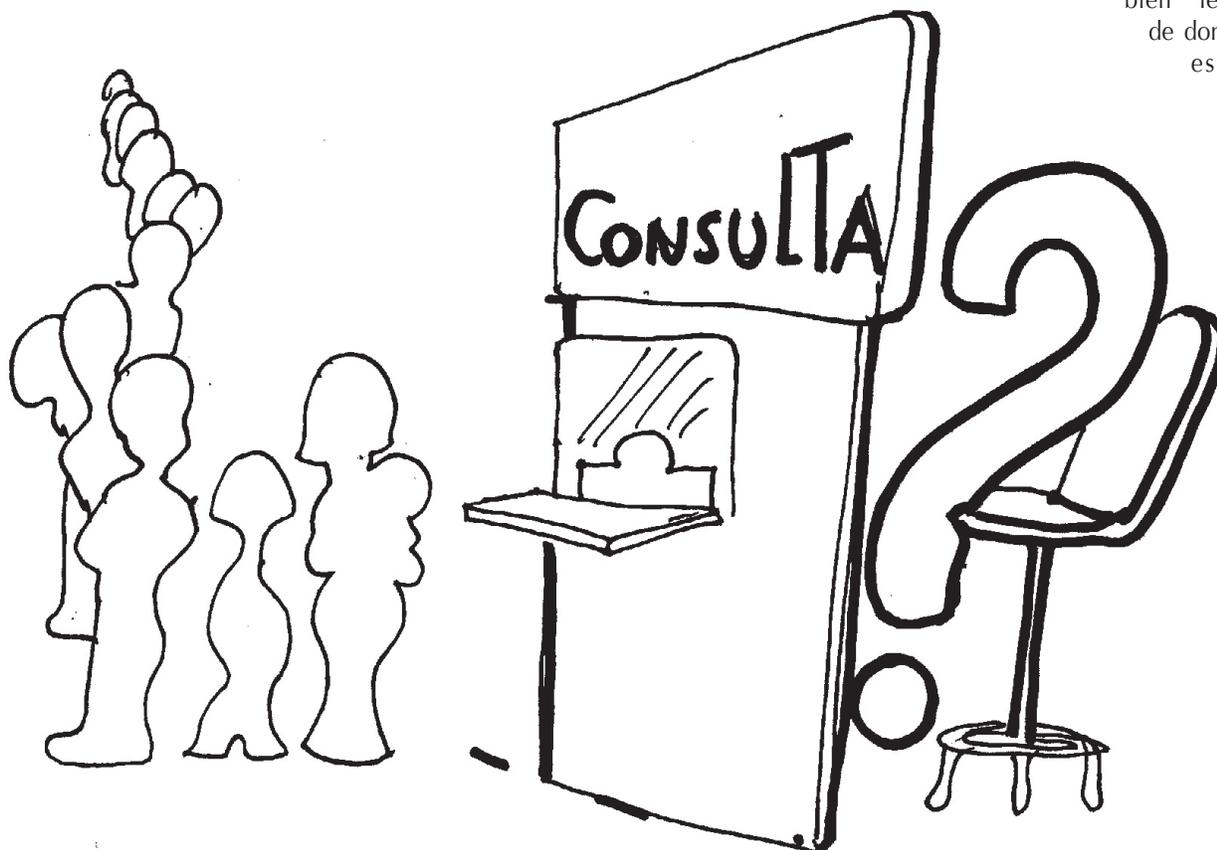
que caiga en mi techo de vidrio, porque no puedo ser un consumidor crítico de lo que allí se dijo, porque no me da miedo que me majen la cola que arrastro y, sobre todo, porque creo que no se tocó el asunto de fondo, razón por la cual cualquier intento de reforma caería en el vacío.

Suponer que el problema del Humanismo está en su origen, en su definición o en su redefinición es desviar la atención del problema. Suponer que está en su desarrollo y que requiere de un replanteamiento para proponer un Neo-humanismo es evitar tomar el toro por los cuernos. Suponer, además, que el problema radica en los programas, en la infraestructura, en la falta de aula, en la inexistencia de tecnología de apoyo a la labor docente y en la carencia de fondos bibliográficos es no quererle ver la cara al

tigre. En el peor de los casos, suponer que el problema son los estudiantes, es no querer ver el otro extremo del asunto: el problema del Humanismo radica en los humanistas o, más bien, en la inexistencia de estos. No es que el Humanismo haya perdido vigencia o no tenga nada que hacer y decir en el actual contexto, es que los *humanistas* han sido atrapados en y por las redes del mercado globalista y no tienen voz para cuestionar su propio quehacer o no se atreven a pronunciarla por temor a que se les tilde de incoherentes o inconsecuentes.

Tal vez por ser hijos de y estar envueltos por el contexto sociocultural costarricense, solemos no ver el problema por estarlo buscando en el sitio equivocado. Persistimos en nues-

tra manía de considerar que la raíz del problema está bien lejos de donde esta-

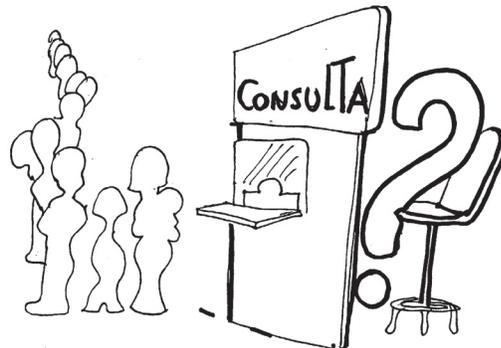


mos, en otro tiempo donde nunca estuvimos. Seguimos pensando que son otros los equivocados y nosotros los que estamos en el camino correcto. Todavía nos hace falta encarnarnos a nosotros mismos como los responsables y la causa primera de los actuales problemas que suceden en nuestra casa, en nuestro barrio, en nuestro pueblo, en nuestro centro educativo, en nuestro país. Por alguna razón seguimos engolosinados en creer que son los otros quienes deben cambiar, mejorar y estar en regla mientras nosotros nos damos en aparentar que somos aquello que nunca hemos procurado ser. Creemos demasiado en la propaganda oficial que se jacta en proclamar a los cuatro vientos de que estamos en la vanguardia en todo frente al resto de nuestros vecinos centroamericanos o frente a otros países del continente. Hemos mitificado nuestra percepción y convivimos con el autoengaño, la autoalienación y una actitud de avestruz.

De nada nos sirve seguir escondiéndonos en tiempos de los griegos o de los romanos. Nada se resuelve con revisar la Edad Media, el Renacimiento, el siglo XIX, los tiempos de allá, la vida de otros pensadores, si dejamos por fuera nuestro tiempo, nuestro lugar y nuestra práctica humanística. No hay pensamiento más vacío que aquel que deja por fuera al pensador y sus circunstancias. El asunto de las Humanidades y del Humanismo está en los humanistas. No en la teoría, sino en la práctica. No se trata de qué Humanismo teorizamos, sino más bien qué Humanismo practicamos. La idea puede estar muy clara, pero la ejecución no. ¿Somos humanistas? ¿Practicamos el Humanismo? Nuestra respuesta debería nacer de la práctica propia y no de lo que otros han

dictaminado o establecido como parámetro del Humanismo. De la práctica a la teoría. Invertir el orden sería caer en falsos idealismos.

Si nos hubiéramos puesto a reflexionar sobre nuestra práctica en el aula, sobre nuestra relación con los estudiantes en el contexto nacional y latinoamericano, es probable que nos hubiéramos ahorrado muchas hojas y hubiéramos llegado a cuestiones más concretas sobre la reforma de las Humanidades. Pero al desenfocar el asunto de su verdadero sitio, al poner en su lugar otros distractores, otras cortinas de humo, nos hemos quedado con la cabeza tibia y el cuerpo afuera. Ha sucedido lo que es frecuente que hagan nuestros estudiantes a la hora de realizar una investigación: mucho recuento histórico, mucho estado de la cuestión, pero ninguna propuesta nueva, ningún aporte concreto. Hemos soterrado con mares de tinta lo que otros han practicado y nos hemos embarcado en esa misma empresa para no practicar lo que parece una cosa del pasado. Hemos encarnado de nuestro medio la apatía y la indiferencia por vivenciar aquello que nos define. Hemos convertido nuestro mundo en el teatro donde actuamos, porque no somos más que aquello que las circunstancias nos piden.



Todo esto me recuerda la historia del hombre que perdió la llave de su casa y se puso a buscarla debajo de una linterna del fluido eléctrico. Un amigo que pasaba por ahí le preguntó qué buscaba y le respondió que la llave. El otro le dijo: ¿Dónde la perdiste? A lo que respondió: No tengo idea. Entonces el otro le dijo: ¿Por qué la buscas en este sitio? Y el amigo le respondió: Es que aquí es el único lugar donde hay luz. Si la luz de otros no nos sirve para enfocar nuestro problema, ¿por qué tenemos que alienarnos con lo que otros han creado para resolver otro tipo de problema? Mientras no se busque en el sitio adecuado, mientras creamos que las respuestas están en quienes nos han precedido, nos equivocaremos de camino. No crean que planteo una ruptura con la tradición, porque estoy muy lejos de pensar en eso. Tengo muy en mente y en el corazón los aportes y ejemplos humanísticos de Martí, Omar Dengo, García Monge, Isaac Felipe Azofeifa y Paulo Freire. Otra es mi preocupación. No es lo que haya sucedido en otro lugar y en otro tiempo lo que define el derrotero que debemos seguir. Es lo que está sucediendo al interior de nuestra Alma Mater y de nuestra propia Escuela lo que nos debería motivar para pautar y señalar el norte de nuestro quehacer académico en relación con las Humanidades y el Humanismo. No es que quiera separar o desvincular la realidad de su contexto global o universal. Creo que en este momento no se puede pensar sin esta estrecha relación entre lo local y lo universal. Pero, por lo que ha sucedido en este Congreso, hemos dejado de lado lo próximo, lo familiar y lo cotidiano y nos hemos ido a buscar luces muy lejos en el tiempo y en el espacio. Nos hemos quedado tan a oscuras en nuestra propia

casa que no nos hemos visto a nosotros mismos.

Cuando se carecen de las herramientas y de los mecanismos para analizar e interpretar los fenómenos próximos y cotidianos, llenamos esas deficiencias con artificios lingüísticos que no tienen otra función que desviar la atención del verdadero problema y la pretensión de persuadir y convencer con ofertas de felicidad retórica. Eso ha sucedido en el Congreso: hemos cubierto con hermosos juegos retóricos nuestras propias deficiencias. El artificio hermenéutico ha primado sobre la práctica de lo que se interpreta. En lugar de desenmascarnos y autocriticarnos, hemos preferido los artificios retóricos para ocultarnos, ausentarnos, desresponsabilizarnos de nuestro quehacer. Embelesarnos en tocar mil puertas en las que no estamos, asomarnos a mil espejos donde no nos vemos es una estrategia discursiva para no encontrarnos con nosotros mismos, con la realidad concreta en la que actuamos y con los otros con los que convivimos y estamos llamados a ser lo que predicamos. A nadie de nosotros debería importarnos el que ya no podamos ser humanistas al estilo del Renacimiento. Lo que debería interesarnos es cómo ejecutamos, practicamos y ejemplificamos con nuestra propia labor los valores y actitudes humanistas y cómo llevamos adelante los objetivos y tareas programáticas que se han erigido como columna vertebral de la Escuela de Humanidades. A lo sumo tendríamos que cuestionar si los actuales objetivos son pertinentes o no.

En tiempos del Israel bíblico existían dos clases de profetas: los que eran llamados por Dios por su vocación y se entregaban a la predicación y a la práctica de la palabra que se les había encomendado, y los que se

formaban alrededor de las cortes y trabajaban como profesionales al servicio del poder político y económico imperante. De forma análoga, lo más lamentable de nuestra labor como docente en nuestros días es que no hayamos profesionalizado, puestos al servicio de empresas educativas y con ello desplazado la vocación docente: nos preocupamos más por conocer que por ser, por satisfacer las demandas y necesidades del sistema que las del estudiantado, arribar a la cúspide del poder que otorgan los títulos y reconocimientos que llegar al corazón y a la mente de quienes debemos motivar y mover a vivir el humanismo con nuestro ejemplo. La entereza y la preocupación por conocer y titularse deja de lado el sentido ético de nuestro quehacer. No digo que debemos ser ignorantes, descuidados en cuanto a las ciencias y demás saberes: nada más necesario y urgente para una Escuela de Humanidades que un docente que pueda visualizar los problemas humanos de un modo interdisciplinario y con conocimiento de causa. Lo que digo es que el principal objeto de nuestra preocupación epistemológica debe ser nuestra propia persona, la práctica de nuestro propio quehacer en el actual contexto globalista en el que vivimos, donde no podemos ser meros consumidores y reproductores de lo ajeno. Bajo estos parámetros, me da miedo la profesionalización porque suele confundirse con el acceso y el atrincheramiento en el poder que inmoviliza, domestica o engulle todo germen de inconformidad. Me da miedo porque, muchas veces, para terminar nuestra formación docente, tenemos que recurrir al patrocinio institucional y al aceptar ese apoyo nos vemos comprometidos a pagar favores, cerrar los ojos y dejar pasar todo, por el simple hecho de estar agradecidos con el amo.

Antes y después del mencionado Congreso me he hecho las siguientes preguntas: ¿Cómo vamos a ser humanistas si nos adaptamos, convivimos y legitimamos un sistema inhumano e injusto? ¿Cómo vamos a lograr que la Escuela cambie si nosotros no cambiamos? ¿Cómo vamos a querer que el humanismo convenza si nosotros no estamos convencidos? ¿Cómo vamos a pretender transformar el mundo, transformar a los estudiantes si nosotros permanecemos anclados en nuestras viejas mañas de evadir la responsabilidad y el compromiso? Nos hemos convertido en esos líderes que dicen hagan, vayan aquí y allá, estudien esto y lo otro, investiguen por aquí y por allá, pero nunca hacemos, nunca vamos, nunca estudiamos, nunca investigamos. Estamos acostumbrados a creer que el otro es el que aprende y pasamos toda la vida en el aula y no aprendemos nada. Como no somos capaces de motivar y lograr que otros hagan con nosotros cosas grandes, decimos que eso no sirve, que no funciona, que no vale la pena. ¿Cómo va a motivar a leer un educador que no lee? ¿Cómo va a enseñar a investigar alguien que no investiga? ¿Cómo van a funcionar las Humanidades si no volvemos los ojos sobre nosotros mismos, sobre nuestra propia práctica, sobre nuestras propias motivaciones? No sólo deberíamos pensar en el perfil del estudiante que deseamos, como se pretendió en una de las ponencias, sino también en el perfil del humanista que queremos ser. El Humanismo no comienza por Grecia ni por Roma, el Humanismo comienza por casa. No hay que estar viendo hacia otros horizontes mientras descuidamos el propio.

Considero que es un pleonasma decir que el educador debe ser un agente crítico y autocrítico, máxime si se trata de un profesor de Humanidades. La crítica la solemos poner

en práctica muy a menudo, pero si dejamos de hacer la autocrítica de inmediato la primera pierde su validez, porque la efectividad de la crítica se la otorga la autocrítica, la autoconciencia que tengo de mis propias palabras y de mis propios actos. En este Congreso hemos sido críticos, hemos cuestionado y polemizado con eminentes pensadores, pero no hemos mirado hacia dentro de nosotros mismos, nos hemos quedado por fuera del circuito de todo proceso de pensar: lo que hacemos día a día ha sido desplazado por lo que hicieron otros. Ni siquiera hemos pensado en lo que vamos a cambiar nosotros mismos para que las cosas no sigan igual que antes. Para nadie es un secreto quiénes no cumplen con su compromiso docente, quiénes faltan, quiénes hacen lo que les venga en gana, pero nadie de nosotros tenemos las agallas para denunciar a esos que estafan a los estudiantes con notas elevadas y dejan por el suelo el Humanismo de nuestras Humanidades: lo que terminamos teniendo en la Escuela son profesores humanitarios que no sólo se conduelen de los estudiantes que lloran por una nota, sino que también patrocinan su irresponsabilidad del mismo modo que esperan que los estudiantes sean cómplices de las del docente. Lo peor de todo es que estos abanderados del incumplimiento suelen decir que son críticos, inconformes y revolucionarios, pero son incapaces de ver su propia práctica porque otra miopía les impide ver el sol de su descaro.

Después del Congreso se me han ocurrido otras preguntas con las que quisiera involucrar al lector en la discusión. ¿Es humanista una Escuela que alberga en su interior profesionales que no practican el humanismo y cuyas prédicas y actitudes no dejan la menor duda de ser todo lo contrario de lo que se propone la Escuela? ¿Por

qué ser cómplices de personas irresponsables de las cuales hay más de una queja de parte de los estudiantes y las autoridades correspondientes no toman cartas en el asunto? ¿Dónde está la actitud crítica y autocrítica de las mismas autoridades al cubrir las espaldas de estos profesionales que no cumplen con su labor? ¿A qué se debe su silencio? Si esos profesionales que devengan un sueldo por no hacer nada fueran interinos, ¿se pasarían por alto las denuncias y las quejas de los estudiantes? Uno de los ponentes sugirió que la Escuela debía implementar mecanismos para seleccionar a sus futuros profesores. Pensar en crear mecanismos de selección de los nuevos profesores de Humanidades es considerar que los propietarios son la encarnación y materialización de los valores humanísticos. ¿Por qué no se siguen haciendo purgas al interior de lo establecido? La experiencia histórica ha demostrado que las revoluciones mueren una vez llegan y se asientan en el poder. Desde su nueva condición combaten aquellos nuevos brotes, evitan los procesos de cambio: su labor es más de contención y desactivación que de posibilitar las transformaciones. ¿Qué cambio positivo puede venir de quienes están asentados en su comodidad, de quienes disfrutan de todos los privilegios institucionales y de todas las garantías del sistema? ¿Podrán existir valores humanísticos bajo prácticas sistemáticas de exclusión, silenciamiento e ignorancia de la voz y de los derechos de más del cincuenta por ciento de la mano de obra docente universitaria? ¿Acaso existe un humanismo institucional y otro no institucional, un humanismo para los propietarios y otro para los interinos? Creo que no se puede hablar de Universidad con orientación humanística cuando persisten prácticas discriminatorias y vejación de los más elementales dere-

chos de los trabajadores universitarios con el rango de interinos.

Sólo quien crea que el problema del Humanismo está en otra parte podría pensar que me he desviado de la línea central de mi alegato. Con esto puedo vincular la supuesta práctica humanística de las autoridades que convocan a un congreso de Humanidades y la filosofía humanística sobre la que se supone gravita toda la educación superior de la Universidad de Costa Rica. ¿Cómo podrían llamarse humanísticas estas políticas y estas prácticas si lo que demuestran es ser la encarnación de las más sofisticadas filosofías empresariales de los últimos años en que el neoliberalismo no ha dejado sitio en que no haya penetrado y puesto los huevos de los dinosaurios que acabarán con toda manifestación crítica, polémica y fermentadora de otro modo de pensar, de otro modo de ser y de otro modo de vivir? ¿Acaso es difícil ver que en nuestra casa de estudios prima lo administrativo, lo político y lo económico sobre lo académico y lo investigativo? Si esta es la tónica, ¿qué clase de humanistas son los que impulsan estas políticas? ¿Cambiarían su actitud con la asistencia a un Congreso de Humanidades? ¿Cuántos representantes de las esferas administrativas de la Universidad asistieron al Congreso, cuántos minutos estuvo el Vicerrector de Docencia? ¿Dónde están sus intereses?

Aquí entro a tocar una arista del problema de las humanidades que se nos ha olvidado: el carácter político de nuestra labor docente. Nada hay más político que el trabajo docente. Cuestionar, polemizar e inculcar un espíritu crítico y autocrítico es una tarea que pone de manifiesto que el docente no transa con aquello que ultraje y veje los principios y los valores que hacen digna la vida de todo ser humano. El compromiso del

docente no es con el sistema ni con la institución que lo contrata, es con el ser humano. Sus principios no son los del poder arbitrario, ciego, sordo y criminal, sino los de una persona responsable, honesta, crítica, autocrítica, coherente, servicial y solidaria con las causas justas. Su ética no es la ética del tirano ni del déspota, del delincuente y del corrupto, sino la de quien se compromete a ser libre y justo, democrático y tolerante, pacífico y solidario con los desfavorecidos y débiles. Su función no es promocionar su imagen, su poder, su influencia, sino la de promover y despertar en los estudiantes el espíritu crítico y autocrítico, posibilitar su palabra y su opinión, su realización profesional y humana, su relación justa y solidaria consigo mismo, con los demás y con el mundo en el que se desenvuelven. La política de un docente es poner en común todas sus facultades para motivar y despertar en sus estudiantes la libertad intelectual, la autonomía de pensamiento y el compromiso con la realidad circundante y con los otros.

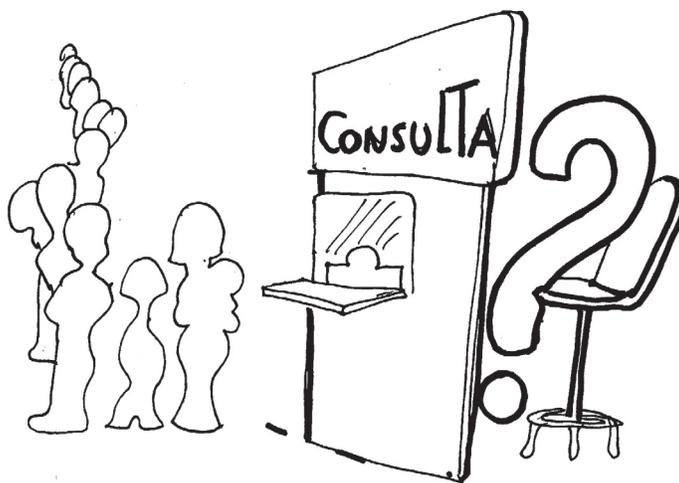
Es probable que a los humanistas de hoy los haya cautivado la moda de la posmodernidad en la que la falta de criterios absolutos o criterios universales de verdad, de justicia y de discernimiento ético es la tónica dominante. Como heredera del anarquismo metodológico, del nihilismo epistemológico y del relativismo lingüístico, la posmodernidad respeta un solo principio: la falta de principios. Estoy de acuerdo en que es inútil la pretensión de buscar una sola verdad. En el momento presente se vive en medio de una pluralidad de juegos de lenguajes dentro de los cuales cada uno tiene el mismo derecho de manifestar su superioridad en la práctica de la comunicación humana. En este contexto, a mi juicio, las prácticas humanísticas vienen a sustituir la lógica impositiva, prepotente y monológi-

ca de los sistemas de saber absolutistas, bancarios e imperialistas. Ante el creciente proceso de fragmentación de la Razón universal resulta necesario una forma de pensamiento plural, heterogénea por su propia naturaleza, ajena al dominio de la Verdad en sentido absoluto, dispuesta a aceptar lo Otro. Por su predilección por buscar todo tipo de enfoque, sin imponer una solución definitiva y categórica del problema en cuestión, la visión humanística resulta ser la respuesta a la actividad intelectual dominante en la época actual. En este sentido, considero que embarcarse en la nave de la mentalidad posmoderna requiere asumir una actitud crítica frente a todos los sistemas de pensamientos que castran la posibilidad de ver otros horizontes en el quehacer ético de la persona humana. No se trata sólo de señalar que se vino abajo el viejo paradigma humanista, sino de poner en el centro de todo hacer y de todo pensar el ser humano que hace y piensa *para*, *por* y *con* otro ser humano ubicado en un contexto social, histórico y cultural concretos. Me gustaría ir un poco más allá de estas reflexiones. Pero sé que una cosa es nuclear en este aspecto: un humanismo sin humanistas es como una pareja de cas-

trados: jamás podrán generar vida, jamás podrán ver el fruto de sus relaciones amorosas, jamás nadie se entusiasmará y motivará con y por la nada que de ellos surja.

Si los docentes de la Escuela de Estudios Generales somos los interesados en el Humanismo, debemos comenzar a revisar, evaluar y replantear nuestra práctica, nuestra política, de aquello que decimos enseñar. Del mismo modo que nadie da lo que no tiene, se puede decir que la mejor manera de enseñar Humanidades es con el ejemplo. Antes que los estudiantes, quien debe tener un perfil bien definido y bien coherente con la docencia es el profesor de Humanidades, máxime cuando se sigue practicando una educación bancaria en la que el profesor asume la cátedra como el espacio donde dicta e impone un pensamiento que sólo se produce en su cabeza y que no tiene ninguna relación con la realidad y la problemática vital y concreta de los estudiantes. No podemos seguir prejuzgando la participación de los estudiantes en el proceso enseñanza-aprendizaje, si primero no cuestionamos y modificamos nuestra propia labor. No debemos menospre-

ciar su palabra, su opinión,



ca impositiva, prepotente y monológi-

sus juicios y valoraciones sobre la realidad si antes no nos examinamos y enmendamos nuestras lagunas teóricas y prácticas. Es cierto que nos corresponde llenar los vacíos de la enseñanza diversificada. Pero ojalá tengamos un buen material y un buen lenguaje para reemplazar aquello con lo que el sistema ha embotado, poseído y secuestrado la imaginación y la creatividad de los estudiantes. Esto no se logra si el docente también está embotado, poseído y alienado por el discurso dominante y es un simple imitador y reproductor ideológico de los estereotipos y prejuicios con que los medios masivos interpretan y nos explican la realidad.

Vivimos tiempos en los que es más sustancioso aquello que se comparte que aquello que se acapara. Todos quisiéramos decir lo que pensamos sobre lo que sucede a nuestro alrededor, pero callamos por y para no incomodar o para que la palabra no se nos vuelva bumerang. Lo peor que nos pueda suceder es que se nos juzgue mansos y mengos, cobardes y sietemesinos, cómplices y egoístas. Si mañana me sacan los trapos sucios, de mucho me servirá ventilar mis debilidades: es mejor una purga a tiempo que no cuando se está completamente podrido. Siempre será necesario el otro para exorcizar nuestros fantasmas, para dejar caer nuestras

ventas. El hombre que no cae no tiene la posibilidad de levantarse. No es todo lo que tengo que decir sobre lo que aconteció en el Congreso sobre Humanismo, pero tampoco pretendo decirlo todo. Le paso la bola al lector para que exprese lo que piense sobre el asunto.